

# Chulaperías

Los pañuelos de seda blancos para el cuello marcan un escalón en la indumentaria estacionista alcazareña, iniciada y generalizada mucho tiempo en el ramo de tracción y extendida por el continuo viajar y el intercambio de personal.

Contrastaba mucho aquella blancura nítida de los pañuelos del cuello con la piel y la ropa impregnadas de tizne aunque lavadas.

El peón que vino retostado de los trabajos de la tierra, cuando lo subían a una máquina o a una garita y lo pusieron a viajar, se sintió engrandecido y asimilaba cuanto veía en sus andorreos, sobre todo en indumentarias de los barrios bajos de Madrid y cuanto más renegridos los ponía su trabajo más resaltaban los pañuelos de seda que se ponían en el cuello de dos maneras, hechos dobles anchos, cruzándose sobre la camisa y remetiéndolos debajo del chaleco o hechos un nudo cuadrado, con las puntas finas, remetidas y sujetas por el mismo chaleco. Y una tercera forma que consistía en doblar el pañuelo de pico, ni ancho ni estrecho, a todo lo largo y anudárselo como primer nudo de corbata y dejándolo caer, un extremo sobre otro, para sujetárselo en la cintura con el pantalón mismo o la correa. Se miraban y remiraban en el espejo buscando la mejor colocación o bien las mujeres procuraban dejárselos al estilo de los organilleros de la cabecera del Rastro o Amaniel que son los más puros de todo Madrid, los fabricantes, pero cuando más se notaba era en los días de descanso, después de la limpieza de la máquina y de asearse él un poco que era cuando lucía el pañuelo con todo su esplendor como una azucena replegada que se asoma rebrillando por el resquicio único que asoma su majeza por el cuello de la chaqueta azul cerrada por el cuello y de puños.

Son ejemplo digno de recordar por su garbo en el depósito de Alcázar, Paco Cruceta, Pepe el Largo, Tomás Gamito, Alfonso el de la Maquinilla, Emilio el Parraro y pocos más, pues había un predominio grande de términos medios, aunque muy poseídos de su decisión en los talleres de la estación y en los de costureras, presumiendo de gallitos que cantan en todos los gallineros, sin mucho lucimiento pero con la prudente ostentación del toreo de Casitas.

---

Al publicar esta nota, me complace rectificar un error, mío propio, no de nadie, que me señala doña Pilar Belmonte, acerca de que Don Manuel Blanco, Delegado del Gobierno en la estación, no tuviera hijos, cuando tenía tres.

Ella es testigo de mayor excepción por razones de vecindad y no cabe más que acatar su testimonio y agradecerle su rectitud, pero no me negará que era muy pinturero y se le veía siempre solo de ir y de venir a la estación por la callejuela.

Muchas gracias.